



Nada es sagrado,
todo se puede decir
Raoul Vaneigem

melusina[sic]

Raoul Vaneigem (Lessines, Bélgica, 1934) es escritor, filósofo y revolucionario. Hijo único de un padre anticlerical y socialista, se formó en la Bélgica obrera de posguerra. En 1956 se licenció en filología romana en la Universidad libre de Bruselas, para luego ejercer como profesor de literatura. En 1961 entró en contacto con Kottany, Bernstein y Debord, integrándose en la Internacional Situacionista.

En 1967 publica *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, al tiempo que Guy Debord publica *La sociedad del espectáculo*, obras que pronto se convirtieron en los elementos teórico-políticos que articularon la mirada del 68 parisino.

Vaneigem pasó a ser uno de los principales inspiradores de una corriente que rompía con los moldes de la izquierda proletaria y ponía en primer término la necesidad de componer una nueva forma de vida alejada de la espectacular primacía de lo económico y que permitiera el desarrollo libre de la individualidad y la organización de una forma de cooperación social sustentada en la autonomía y en la autogestión generalizada. Por desacuerdos con Debord, abandonó la organización en noviembre de 1970.

Nada es sagrado, todo se puede decir

Xabier
Vila-Coia



ex-libris

Raoul Vaneigem

Nada es sagrado,
todo se puede decir



melusina [sic]

No estoy de acuerdo con lo que
usted dice pero lucharé para
que pueda decirlo libremente.

Voltaire

XVC
noviembre 2012
Madrugada

oídos, a qué conjuras de intereses responden o, por lo menos, cómo han sido ordenadas, gestionadas, deformadas.

No podemos ignorar que, incluso vertidas a granel, nos las sirven embaladas mediáticamente. Hay que desembalarlas, que seleccionarlos del mismo modo que se desembalan y se seleccionan esos productos de consumo que algunas veces han sido, que a menudo son y que rápidamente se volverán basura. Pues, una vez efectuada la selección, nada hay que, suscitando atracción, repulsión o indiferencia, no pueda ser pervertido, reconvertido o transmutado para servir al lucro individual o colectivo.

La libertad de expresión sin límite no es algo que venga dado sino un aprendizaje, que el deber de obediencia ha fomentado escasamente hasta la fecha. No hay un uso bueno ni un uso malo de la libertad de expresión, sólo existe un uso insuficiente.

El reino de las libertades virtuales debería recordarnos que en primer lugar sirven de aval a la tiranía y de sustituto a las sediciones que se propusieran abolirla. Nunca las palabras de Manon Philippon-Roland, «libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre», habían

merecido extremar tanto la vigilancia, en una época en la que las libertades, indebidamente otorgadas al antiguo reflejo predador, sofocan por doquier el gran deseo de vivir según la libertad del deseo.

Así, queremos, por afán de despejar cualquier ambigüedad por mínima que sea, conferir todas las libertades a lo humano y ninguna a las prácticas inhumanas. La tolerancia absoluta de todas las opiniones ha de basarse en la intolerancia absoluta de todas las barbaries.

El derecho de decirlo todo, de escribirlo todo, de pensarlo todo, de verlo y de oírlo todo resulta de una exigencia previa, según la cual no existe derecho ni libertad de matar, de atormentar, de maltratar, de oprimir, de forzar, de hacer padecer hambre, de explotar.

La supuesta libertad de preñar es un absurdo que tenemos que erradicar en el hombre y en la sociedad en vías de humanización.

Es indigno que los ciudadanos se dejen tratar como párvulos condenados a engullir pasivamente conocimientos muertos en vez de ser alimentados con un conocimiento regido por el afán de vivir mejor.

A la libertad de expresión se le exige hoy que cree las condiciones que autoricen su uso ilimitado.

~ *Nada es sagrado.* Cada cual tiene el derecho de expresar y de profesar a título personal cualquier opinión, cualquier ideología, cualquier religión.

Ninguna idea es inaceptable, ni siquiera la más aberrante, ni siquiera la más aborrecible.

No hay idea, ni declaración, ni creencia que tenga que librarse de la crítica, del escarnio, del ridículo, del humor, de la parodia, de la caricatura, de la imitación. «Lo reiteraré de todas las maneras posibles», escribía ya Georges Bataille, «el mundo sólo es habitable a condición de no respetar nada». Y Scutenaire: «Hay cosas con las que no se bromea. ¡No lo suficiente!».

Lo que sacraliza mata. La execración surge de la adoración. Sacralizados, el niño es un tirano, la mujer un objeto, la vida una abstracción desencarnada.

*Por qué queremos abolir
el delito de opinión*

~ *La libertad de expresión es un valor humano en su libertad misma de expresar lo inhumano.*

Las opiniones racistas, xenófobas, sexistas, sádicas, cargadas de odio, de desprecio tienen tanto derecho de expresarse como los nacionalismos, las creencias religiosas, las ideologías sectarias, los clanes corporativistas que las alientan abierta o subrepticamente según las fluctuaciones de la ignominia demagógica. Las leyes que las reprimen, como en Francia la ley Gayssot de 1992, atacan el «pueril reverso de las cosas» sin tocar las causas. Exorcizan el mal en vez de prevenirlo y de curarlo. Sustituyen la educación por la sanción. Lo que se ha de condenar no son las palabras sino las vías de hecho. No son los discursos ignominiosos del populismo los que han de ser denunciables —en cuyo caso habría que denunciar también su impregnación solapada y su presencia oculta en las declaraciones

daño sufrido por un individuo insultado, amenazado, calumniado, y por otra, los elementos que por su propia naturaleza pueden atenuar, incluso anular sus efectos, disuadiendo así al querellante de recurrir a la acción represiva.

La incitación al asesinato

Sólo el contexto permite zanjar si la incitación al asesinato participa de la libertad de expresión o pertenece al ámbito del acto merecedor de una intervención judicial; si su carácter hiperbólico debilita su alcance o si la amenaza exige la neutralización de quien la esgrime.

Según el filósofo del derecho Ronald Dworkin, la incitación al odio o al desprecio no ha de ser objeto de inculpación penal. «Me opongo», escribe, «a toda restricción de la libertad de palabra, a toda forma de censura contra un discurso, incluso racista y sexista. Haré una única excepción: si alguien se planta en medio de una muchedumbre encolerizada con una soga en la mano, y designa a un negro gritando “¡Colgadlo!”, entonces merece ser inculpado penalmente».

Frente a una población o a un grupo dominado por la ideología racista y xenófoba, la

valioso en el mundo que estar de acuerdo consigo mismo, cultivar la preferencia por la autenticidad, seguir la senda de sus deseos, asumiendo sus errores sin culpabilidad y corrigiéndolos lo mejor posible. Afortunado aquel que, comportándose, consigo mismo y de acuerdo con el afecto que a sí mismo se profesa, como el más inflexible de los críticos, nada espera, y menos aún teme, de la opinión de los demás.

Las palabras sólo matan a quienes se enriquecen con su falsedad, anteponiendo a los alicientes de la autenticidad y de la candidez la jerarquía de los pretextos falsos en los que la palabra dada es una palabra regateada y la relación supuestamente humana un chantaje permanente. Devolver su crédito a las palabras devolviéndolas a la vida enseña que las calumnias caen por su propio peso, desbaratando la trampa en la que cayeron Otelio y Iago por desprecio del amor.

En la maledicencia se vislumbra el verdadero rostro del calumniador. El desprecio al que se condena, condenando al otro al desprecio, participa de una incongruencia con la que se avendrá cada vez con mayor malestar una sociedad que prefiere la autenticidad al parecer, la apertura a la exclusión, la solicitud al juicio. Así, la difamación es reveladora de una conducta

«No hay un uso bueno o malo de la libertad de expresión, tan sólo un uso insuficiente.»

Esta es la premisa de este sereno alegato en contra de cualquier clase de censura. Un texto provocador y de enorme calidad literaria, que no hace concesiones y defiende a ultranza el empleo de la palabra frente a cualquier limitación política, jurídica o religiosa.